



## **ANAI ALBERTO MUGUIRA MUGUIRA**

Navárniz (05.08.1928) – Irún (10.06.2022)

*“Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere,  
queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto.  
El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en  
este mundo se guardará para la vida eterna.”*

(Jn 12, 24-25)

La fórmula *“Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, postrado con el más profundo respeto ante vuestra infinita y adorable Majestad, me consagro enteramente a Vos...”*, fórmula que nuestro querido Hermano Alberto pronunció por vez primera aquí en La Salle-Enea hace casi 77 años, ahora la ha querido renovar, por última y definitiva ocasión, en la misma presencia de la gloria de Dios, a pocas horas de la solemnidad de la Trinidad.

No tenemos ninguna duda de que, a lo largo de toda su vida, Alberto ha buscado con ahínco procurar la gloria de Dios en la medida de sus posibilidades, permaneciendo fiel en sociedad entre nosotros, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, reunidos juntos y por asociación al servicio de los pobres. Y porque como creyente fiel, ha arraigado su vida en la conciencia de hijo de Dios, podemos celebrar ahora gozosos su tránsito de la muerte a la vida; confiamos en ello porque ha querido y servido a sus hermanos, guardando, con la fuerza del Espíritu, el mandamiento del amor.

Como hijos de Dios todos estamos llamados a crecer continuamente, a ser semejantes a Él. A lo largo de nuestra existencia vamos aprendiendo, no sin momentos de desierto y pérdida, a reconocer en Dios al Padre que nos ama y quiere nuestro bien, la Madre que quiere darnos a luz para siempre, abriendo nuestra existencia hacia un futuro de vida en plenitud. Esto fue una realidad en la vida de nuestro hermano, después de un largo y fecundo itinerario, desde su nacimiento en Nabárniz, hace casi 94 años, fruto del amor de Pedro y Dorotea, y a esto estamos todos llamados: a crecer continuamente como hijos de Dios. Lo que, en nuestra vida diaria, significa vivir como caminantes, en salida continua, escuchando y respondiendo a las llamadas del Señor, en la entrega generosa que nos lleva a asumir riesgos desde la confianza radical, como esos granos de trigo llamados a morir para dar vida.

*“Por la fe, los Hermanos se abandonan, como su Fundador, a Dios que los conduce”* (Regla 6). A lo largo de su vida Alberto, nuestro querido Hermano Matías, ha demostrado su fidelidad en todos aquellos lugares a los que fue enviado: Irún, Hondarribia (como fundador y siendo el Hermano que más años colaboró allí), Beasain, San Asensio, Huarte, Llodio, Bilbao, Zaragoza, Eibar... desempeñando en cada lugar los empleos a los que fue destinado, siempre como gran trabajador, con actitud profunda de disponibilidad y servicio a los que le rodeaban, empleos que ejercía desde la sencillez y bondad que le caracterizaban, ya fuesen labores propias de las Sagradas Familias, tareas propias de los centros escolares y talleres de FP, o servicios de enfermería, como los que realizó en San Asensio durante cinco años.

Su espíritu misionero le llevó también a cruzar el charco en más de una ocasión, especialmente hasta su querido barrio de Cienfuegos, en Santiago de los Caballeros (República Dominicana), también hacia Guayaquil o Cañar, en Ecuador. No en balde su solidaridad generosa le hizo llegar a ser “hijo predilecto”

de la comunidad de Cungapite (Ecuador), a la que apoyó para sacar adelante su proyecto agrupecuario. Por supuesto, colaborador activo, de un modo u otro, con Proyde-Proega.

Si la muerte nos obliga a devolver a la tierra todo aquello que de la tierra hemos tomado, nuestra capacidad de amar gratuitamente sin esperar nada a cambio, tal como hace Dios con nosotros, nos sumerge en una corriente universal de amor que supera los límites de la debilidad y la muerte. Estamos destinados a una vida eterna, en el seno de Dios, vida que estalla precisamente cuando nuestro cuerpo, como un grano de trigo, cae en tierra y muere. Es entonces cuando, culminado nuestro camino de crecimiento y desprendimiento, de maduración y entrega, nos podemos sentar como hijos a la mesa del Padre, en la morada común a todos, saciar nuestras ansias para siempre y hacernos uno con esa corriente de amor universal que da vida a todo.

Esta nueva vida es la que inauguró Jesucristo con su muerte y su resurrección. Por eso el símbolo del grano de trigo ilumina la muerte y la resurrección de Cristo, pero también la nuestra. Si Jesús, Hijo de Dios, nuestro hermano mayor, ha hecho este camino, también nosotros participamos de su Pascua, también nosotros estamos destinados a pasar de este mundo al Padre. La Eucaristía que estamos celebrando nos hace precisamente revivir la muerte y la resurrección de Cristo, garantía de la de Alberto y garantía de la nuestra.

*“Gracias al esfuerzo incesante de purificación interior y dominio de sí mismos, (los Hermanos) se aplican, en la medida de lo posible, a ejecutar todas sus acciones guiados por Dios, movidos por su Espíritu y con intención de agradarle”* (Regla 8). Hemos visto cumplida esta afirmación de nuestra Regla en Alberto, cuya vida ha culminado aquí, donde ha permanecido sus últimos once años, sintiéndose en ocasiones cuidador de sus Hermanos y, en otras, sobre todo en los últimos tiempos, dejándose cuidar (bien cuidar) por Hermanos y personal de la Casa, siempre agradecido y colaborador.

Alberto, has permanecido fiel a tu promesa de guardar los votos durante toda tu vida entregada y confiada. Por eso, en este momento en que recorres los últimos pasos de tu caminar, hacemos tuyo este canto de Xabier Lete a la fidelidad:

*Acógeme, amor, en el último día,  
tómame en tus brazos  
cuando cruce el umbral de la terrible frontera,  
que de ti recoja caricias y sonrisas,  
que en la claridad de las praderas de lo alto  
reanudemos el amor primero...*

*Sé que tú me aguardas  
no sé cómo, no sé dónde...  
acógeme, amor, en el día de la gran cuenta,  
ven hacia mí y cariñoso, sonriente,  
llámame por mi nombre  
para que yo sea salvado en tu gran piedad.<sup>1</sup>*

Muchas gracias, Alberto, porque has sido para nosotros un amigo cercano en el camino de Jesús.

Egun haundira arte!

---

<sup>1</sup> Xabier Lete, Egusentiares esku izoztuak, Pamiela, 2009, 203-204 or.  
(Ikus Hemen nauzu, La Salle Donostia, 2010, 145-146 or.)

## LA TIERRA NUEVA

En la tierra nueva  
las casas no tienen llaves  
ni los muros rompen el mundo.

Nadie está solo.

No se habla mucho del amor,  
pero se ama  
con los ojos,  
las manos,  
y las entrañas.

Las lágrimas son fértiles,  
la tristeza se ha ido  
para no regresar,  
y se ha llevado con ella  
la pesada carga  
del odio y los rencores,  
la violencia y el orgullo.

Es extraña la puerta  
que abre esa tierra:  
es la sangre derramada  
de quien se da sin límite,  
es la paciencia infinita  
de quien espera en la noche,  
es la pasión desmedida  
de un Dios entregado  
por sus hijos; nosotros,  
elegidos para habitar  
esa tierra nueva.

José María Rodríguez Olaizola, sj

